UNIDAD CLÁSICA

SPURGEON SOBRE LA UNIDAD

BE UNITED IN CHRIST

Spurgeon, sobre la unidad

Copyright © 2020 by Be United in Christ Outreach Ministry

Publicado originalmente en inglés bajo el título: Spurgeon on Unity
Copyright © 2017 by Be United in Christ Outreach Ministry

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas críticas y algunos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

978-1-944971-23-6

Estos sermones se basan en versiones de dominio público de los sermones predicados por C. H. Spurgeon publicados en «The Metropolitan Tabernacle Pulpit», volúmenes 11 (1865), 12 (1866), 21 (1875), 26 (1880), 28 (1882), 33 (1887) y 35 (1889). Este material ha sido actualizado en algunos lugares para hacerlo más comprensible para los lectores modernos.

A menos que se indique lo contrario, las Escrituras han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation son usadas con permiso.
www.NuevaBiblia.com

Impreso en los Estados Unidos de América.

Por favor, visita BeUnitedinChrist.com para otros recursos bíblicos.

BE UNITED IN CHRIST

Contenido

C.H. Spurgeon: Una visión general 5
La verdadera unidad promovida 15
La Cabeza y el cuerpo 31
El «mandamiento nuevo» de Cristo 47
Cinco eslabones en una cadena de oro 63
La unidad en Cristo 79
La gloria, la unidad y el triunfo de la Iglesia 97
La súplica del pastor amado por la unidad 113
Los santos en el cielo y en la tierra son una sola familia 129
Cristo, la causa de la división 147
Referencias 161

C. H. SPURGEON:

EL HOMBRE, SU MINISTERIO, Y LA UNIDAD CRISTIANA

UNA VISIÓN GENERAL

Un joven predicador de un pueblo pequeño emerge de la oscuridad y toma al mundo por sorpresa. No tiene una capacitación formal, pero los intelectuales atienden con entusiasmo a su enseñanza. Su genio no es una barrera para los hombres comunes que se reúnen para escucharlo. Sus palabras serias y elocuentes son copiadas, traducidas y circulan por todo el mundo. La oración y el compromiso inquebrantable con la Palabra de Dios son el sello de su ministerio. Obsequia las ganancias que se le presentan, porque valora las almas, no las posesiones. La predicación es siempre su prioridad, pero también sirve con sacrificio a los necesitados. Su fama es universal, pero sigue siendo humilde. Se burlan de él y lo persiguen, pero no se deja intimidar. Sufre mucho, pero sirve incansablemente. Incontables vidas son cambiadas a través de la suya, y su legado perdura hasta el día de hoy. Esta es la historia de nuestro Señor Jesucristo, y también la de su fiel discípulo y siervo, Charles Haddon Spurgeon.

Su infancia

Charles fue el primero de diecisiete hijos que nacieron de John y Eliza Spurgeon. Nació el 19 de junio de 1834, en Kelvedon, Essex, un pequeño pueblo situado a ochenta y ocho kilómetros al noreste de Londres. Desde los catorce meses hasta los seis años, Charles vivió con sus abuelos paternos en la pequeña comunidad agrícola de Stambourne donde su abuelo James pastoreaba la Iglesia Congregacional local. A la edad de cinco años, Charles exploraba con entusiasmo la gran biblioteca de escritos puritanos de su abuelo, y aunque asistió a la escuela, su educación primaria se basó en la lectura de los puritanos. A los nueve años ya estaba absorbiendo los escritos de gigantes como John Owen, Matthew Henry y Richard Baxter.

Su hermano James, que más tarde sirvió como su pastor asociado, recordó:

> Charles nunca hizo nada más que estudiar. Yo tenía conejos, gallinas, cerdos y un caballo; él se ocupaba de los libros. Mientras yo estaba ocupado aquí y allá, metiéndome en todo lo que un niño podía tocar, él se ocupaba de los libros y no podía estar alejado del estudio. Pero, aunque no tenía nada que ver con otras cosas, podría haberte hablado de ellas, porque solía leer acerca de todo, con una memoria tan agarrada como un tornillo de banco y tan llena como un granero.[1]

La pasión de Charles por la lectura perduró durante toda su vida. De adulto solía leer y anotar seis libros por semana, y su biblioteca personal contenía más de doce mil volúmenes. Su notable memoria le permitía recordar citas de libros que había leído muchos años antes.

Su conversión

Cuando era un joven adolescente, Spurgeon fue grandemente agobiado por su pecado.

> De muy joven, sentí con mucha tristeza el mal del pecado. Tenía hambre de liberación, porque mi alma desmayaba dentro de mí. Temía que los cielos se me vinieran encima y aplastaran mi alma culpable. La ley de Dios se había apoderado de mí y me mostraba mis pecados. Si dormía por la noche soñaba con un pozo sin fondo, y cuando despertaba parecía sentir la miseria que había soñado. Iba a la casa de Dios, pero mi canción no era más que un suspiro. Me retiraba a mi habitación y allí, con lágrimas y gemidos, ofrecía mi oración sin esperanza y sin refugio.[2]

Charles se dio cuenta, sin embargo, de que «la miseria fue enviada por esta razón: "para que pudiera entonces ser conducido a clamar a Jesús"».[3] Así que decidió visitar todas las iglesias de la ciudad para aprender cómo salvar su alma.

Fue así como en un nevado 6 de enero de 1850, Charles, de 15 años, entró en una capilla metodista primitiva. Una docena de fieles santos esperaban a su predicador, y cuando no llegó, un laico subió al púlpito y leyó Isaías 45:22: «Vuélvanse a Mí y sean salvos, todos los términos de la tierra; porque Yo soy Dios, y no hay ningún otro». Después de explicar el versículo de manera sencilla y directa, el predicador laico miró a Spurgeon y le dijo: «Joven, te ves muy miserable, y siempre serás miserable —miserable en la vida y miserable en la muerte— si no obedeces mi texto; pero si obedeces ahora, en este momento, te salvarás». Entonces levantó las manos y gritó: «¡Joven, mira a Jesucristo! ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira! No tienes nada que hacer más que mirar y vivir».[4] Charles Spurgeon lo hizo y luego dedicó su vida a instar a otros pecadores a mirar a Jesús y vivir.

Sus primeros años de ministerio

En abril, Spurgeon se unió a la Iglesia Congregacional pero pronto se convenció de que el bautismo de niños no era bíblico. Cuando informó a sus padres de su bautismo, su madre, sorprendida, dijo: «¡Ah, Charles! A menudo le pedí al Señor que te hiciera cristiano, pero nunca pedí que te hicieras bautista». A lo que él respondió: «¡Ah, madre! El Señor ha respondido a tu plegaria con su habitual generosidad y te ha dado mucho más de lo que pediste o pensaste».[5] Spurgeon posteriormente perdió su oportunidad de recibir una educación formal cuando fue dirigido al aula equivocada del Colegio Stepney y perdió su entrevista. Luego se mudó a Cambridge, donde se convirtió en evangelista y predicador laico asociado a la Iglesia Bautista de St. Andrew's Street.

La Capilla de Waterbeach

En octubre de 1851 Charles se convirtió en pastor de la Capilla Bautista de Waterbeach cerca de Cambridge, y la iglesia creció rápidamente de 40 a 400 bajo su predicación apasionada. Dos años más tarde Spurgeon atrajo la atención de una histórica iglesia londinense que se hallaba en busca de un pastor. Uno de los primeros biógrafos dice: «Uno de los amigos quedó impresionado por su talento y observó la forma en que fue reprendido en una reunión en Cambridge por su franca adhesión a lo que él consideraba la verdad».[6] Estos dos rasgos, los notables talentos de Spurgeon y su compromiso inquebrantable con la verdad, caracterizaron su ministerio desde el principio hasta el final.

La Capilla de New Park Street

La Capilla de New Park Street tenía menos de 100 asistentes cuando Spurgeon llegó en abril de 1854, pero pronto sus 1 200 asientos se llenaron y la iglesia fue remodelada para ampliarla. Durante la construcción, multitudes de 5 000 personas se congregaban para los servicios en Exeter Hall, y más de 10 000 personas se reunían cuando Spurgeon hablaba al aire libre. El 7 de octubre de 1857, Spurgeon predicó en The Crystal Palace en un día de oración nacional ante una audiencia de 23 654 personas que vinieron a escucharlo. Cuando la Capilla reabrió, ya era demasiado pequeña. Ningún edificio parecía lo suficientemente grande para acomodar el número sin precedentes de personas que querían escuchar a Charles Spurgeon predicar la Palabra de Dios, así que se decidió la construcción del templo protestante más grande del mundo. El Tabernáculo Metropolitano, con 5 600 asientos, se inauguró libre de deudas en marzo de 1861. Spurgeon tenía veintiséis años.

El Tabernáculo Metropolitano

El Tabernáculo Metropolitano albergó el ministerio de predicación de Spurgeon desde 1861 hasta su último sermón el 7 de junio de 1891. Spurgeon hablaba allí tres veces por semana y en otros lugares lo hacía por invitación. Sus sermones dominicales fueron copiados, editados por Spurgeon, y luego entregados a 25.000 suscriptores semanales. Durante una temporada, estos mensajes fueron telegrafiados a través del Atlántico para ser impresos en los periódicos de los lunes en Cincinnati, Boston, Philadelphia y St. Louis. Para 1917 se habían vendido más de 100 millones de sermones en más de veinte idiomas. Verdaderamente Charles Spurgeon fue el «Príncipe de los Predicadores».

Los numerosos ministerios de Spurgeon

Spurgeon escribió o editó 163 libros, 3 de los cuales vendieron más de un millón de copias. También fue el principal colaborador de la revista mensual de la iglesia, *The Sword and the Trowel* [*La espada y la cuchara*], y respondió hasta 500 cartas por semana. Hoy en día existen más libros impresos por Spurgeon que por cualquier otro autor inglés.[7] De hecho, «existe más material impreso de Charles Haddon Spurgeon que de cualquier otro autor cristiano, vivo o muerto».[8]

En 1857 Spurgeon abrió su Colegio de Pastores donde entrenó a 900 pastores en el transcurso de su vida. En 1867 abrió un orfanato para niños, y en 1879 añadió uno para niñas. Su Sociedad de Ayuda a los Pastores asistió a las necesidades materiales de los ministros, mientras que el ministerio de la Fundación del Libro de su esposa ayudó a suplir las necesidades de su ministerio. La iglesia construyó hogares para los ancianos, un asilo para los pobres y una escuela para los niños. Spurgeon ayudó a crear y dirigir sesenta y seis ministerios diferentes, gran parte del dinero provenía del mismo Spurgeon. Aunque podría haber sido multimillonario, sus cuentas ascendían a 2 000 libras (10 000 dólares) al momento de su muerte.[9]

Su familia y su muerte

Charles Spurgeon se casó con Susanna Thompson el 8 de enero de 1856, y en 1857 ella dio a luz a dos niños gemelos, Charles y Thomas. Thomas más tarde pastoreó el Tabernáculo Metropolitano desde 1893 a 1908, mientras que Charles dirigió el Orfanato de Stockwell. Susana quedó inválida a los treinta y pocos años, y el propio Spurgeon sufrió de gota, riñones inflamados y depresión durante gran parte de su vida. Estos desafíos físicos se vieron empeorados por la carga del ministerio, el exceso de trabajo y varias controversias.

En 1871 Spurgeon comenzó a hacer visitas anuales a Menton, Francia, para recuperarse, y murió allí el 31 de enero de 1892, a los cincuenta y siete años. Sesenta mil personas visitaron el cuerpo de Spurgeon mientras yacía en estado, y más de treinta mil asistieron a los cinco servicios funerarios. El día de su entierro más de cien mil personas acompañaron el coche fúnebre hasta el cementerio en una caravana de tres kilómetros de largo. Las banderas ondeaban a media asta, y muchas tiendas y pubs cerraron por respeto. Tres días después diez mil niños de la iglesia y el orfanato se reunieron para hacer duelo, y las iglesias y ministerios de todo el mundo enviaron sus condolencias y comunicaron su aprecio. Su muerte, al igual que su vida, impactó al mundo.

En la tumba de Spurgeon se encuentra una lápida con el rostro del predicador y una Biblia abierta ante él. La inscripción dice: «Aquí yace el cuerpo de Charles Haddon Spurgeon esperando la aparición de su Señor y Salvador Jesucristo». A un

lado de la tumba hay dos estrofas del himno favorito de Spurgeon: *There Is a Fountain Filled with Blood* [*Hay una fuente sin igual*] de William Cowper.

> *Desde que aquella fuente vi,*
> *Mi tema solo fue*
> *Tu redentor amor, y así*
> *Cantando moriré.*
> *Después cuando en la tumba ya*
> *Mi lengua muda esté,*
> *Canción más dulce y noble habrá*
> *Que en gloria cantaré.*

Spurgeon y la unidad cristiana

Charles Spurgeon practicó y promovió la unidad cristiana a lo largo de su ministerio, pero siempre de acuerdo con la Palabra de Dios. Era celoso de la verdad y la unidad y se negó a comprometer la primera para mantener una ilusión de la segunda. Para Spurgeon el tema central era Cristo. La identificación con Cristo crea una conexión inquebrantable entre los cristianos, y la dedicación a Cristo fomenta la comunión entre los creyentes. Aunque las diferencias en asuntos no relacionados con el evangelio importan, aquellos que aman a Jesús deben amar a otros que también aman a Jesús.

La relación de Spurgeon con otras denominaciones

Spurgeon se enorgullecía de ser bautista, pero buscaba afirmar a los creyentes de todas las iglesias que estaban realmente comprometidos con Cristo. No veía ninguna tensión entre tener un orgullo denominacional y a la vez un aprecio por otros grupos cristianos, ya que «ningún hombre debía ser acusado de mostrar falta de respeto a las mujeres en general porque amara más a su propia esposa».[10] Como Spurgeon le dijo al Comité de Misiones Foráneas de la Iglesia Presbiteriana Unida:

> Si se requiere que las iglesias bajo el cielo renuncien a los principios fundamentales antes de que puedan unirse, entonces no tienen ninguna razón para hacerlo. Si una iglesia cree que su propio testimonio resultaría falso si se uniera a otra, que se quede sola hasta el día del juicio final. Nuestros principios son demasiado valiosos para ser manipulados con el pretexto de promover la unidad; y, además, no podría haber una unidad duradera si eso se hiciera.[11]

Spurgeon creía que las diferencias denominacionales no solo eran inevitables sino también legítimas, y que no tenían por qué crear divisiones siempre que se abordaran

correctamente. Él compartió este sentir el día que pidió permiso para usar un salón de reuniones cuáquero con el fin de alcanzar a hombres de negocios:

> Aunque personalmente no estoy de acuerdo con ustedes en todos los puntos, sin embargo, en las grandes verdades somos uno, e incluso en todas las cosas uno en el deseo de ser guiados por el Espíritu y vivir para la gloria de Dios. . . Si se sienten movidos a concederme mi deseo, les aseguro que no pretendo hacer conversos a un grupo religioso o a una escuela de pensamiento, ni mucho menos a ninguna forma de religiosidad externa. Deseo dar testimonio, según el Espíritu me lo permita, del evangelio de Jesús, con el único objetivo de llevar las almas al Salvador.[12]

Su objetivo no era crear bautistas sino creyentes. No negaba las diferencias entre bautistas y cuáqueros, pero tampoco dejaba que estas diferencias se interpusieran en su unidad o en su objetivo común de alcanzar a los pecadores para el Salvador.

Cuando Spurgeon se dirigió a la Asamblea General de la Iglesia Libre de Escocia, enfatizó sus identidades compartidas como un solo rebaño bajo un Pastor común y como un solo ejército luchando juntos bajo la dirección del mismo Comandante:

> La circunstancia significativa es que estoy aquí como un bautista. Han visto cómo el pastor reúne a las ovejas de las colinas en un solo rebaño, justo cuando se aproxima la tormenta. Aquí, creo, el Pastor de Israel nos está reuniendo, porque sin duda se avecina una tormenta. Podemos escuchar Su voz llamando, «Acérquense y confiesen que son un solo rebaño, porque la tormenta está cerca». El Capitán parece decir: «Cierren sus filas, mis soldados. Que cada hombre se acerque más a su hermano». Si algunos de ustedes no pertenecen al mismo regimiento, esforcémonos todos como hermanos en acercarnos, y mucho más a nuestra bandera en común.[13]

Aunque orgulloso de su regimiento bautista, Spurgeon priorizó su lugar dentro del ejército mucho más grande del Señor, la Iglesia.

Otros ejemplos de los esfuerzos de unidad de Spurgeon fueron su participación en la Alianza Evangélica, la Unión Bautista y la renovación de la Asociación de Ministros Bautistas de Londres. Cuando Spurgeon fue el anfitrión para la formación de este último grupo, instó a los fundadores:

> Nos reunimos por la unidad. Piensen en lo que han hecho en el pasado para dividir a los hermanos, en los duros pensamientos que han tenido, en las palabras poco amables. Piensen en su propia falta de diligencia en el trabajo de Dios, en su falta de amor perfecto por Cristo Jesús, y humíllense. Oren para que de ahora en adelante puedan contribuir al bien de la iglesia a la que pertenecen, y al beneficio de otras iglesias, y a la unidad de todas las iglesias de las que Cristo es la Cabeza. Afirmo, con el testimonio de Dios Espíritu Santo, que nos hemos reunido para buscar la unidad con cada iglesia de Jesucristo y con el propio Maestro.[14]

En 1872 propuso a la Unión Bautista que iniciaran una reunión anual de evangélicos de todas las denominaciones, «no para interferir en los puntos de vista de cada uno sobre el gobierno de la iglesia o discutir la doctrina, sino para la oración y la edificación mutua».[15] Spurgeon constantemente se acercó a otras iglesias y denominaciones para que todos pudieran trabajar juntos por la causa y la gloria de Cristo.

Spurgeon sobre la verdad y la unidad

Ahora bien, Spurgeon nunca comprometería la verdad para mantener una unidad superficial. Cuando algunos miembros de la Alianza Evangélica insistieron en que moderara su lenguaje condenando la regeneración bautismal, Spurgeon se retiró de la asociación en lugar de retractarse de sus declaraciones. Cuando la Unión Bautista se negó a emitir una declaración doctrinal para mantener la ortodoxia entre sus miembros, Spurgeon se retiró de la Unión Bautista. Como explicó:

> El que los cristianos se asocien con ministros que no predican el evangelio de Cristo es incurrir en culpa moral. Una Unión que puede continuar sin importar si sus iglesias afiliadas pertenecen a una fe común no está cumpliendo ninguna función bíblica. La preservación de una asociación confesional cuando es incapaz de disciplinar a los herejes no puede justificarse sobre la base de la preservación de la «unidad cristiana».[16]

Spurgeon se aliaría con cualquier verdadero creyente que estuviera apasionadamente comprometido con la verdad de Dios, pero se negó a permanecer en cualquier asociación en la que la verdad pudiera verse comprometida.

Spurgeon no toleraba las teologías modernas que reinterpretaban las Escrituras y revisaban las doctrinas históricas para acomodar el pensamiento moderno. Como escribió:

> Nunca habrá un nuevo Dios o un nuevo diablo, y nunca tendremos un nuevo Salvador o una nueva expiación. ¿Por qué deberíamos entonces sentirnos atraídos o alarmados por el error y las tonterías que en todas partes suplican una audiencia porque son nuevas?. . . El antiguo evangelio es el único evangelio. La lástima es nuestro único sentimiento hacia esos jóvenes predicadores que gritan, «Vean mi nueva teología» con el mismo espíritu que la pequeña María dice, «Vean mi bonito vestido nuevo». [17]

Spurgeon vio la lucha de la Iglesia contra el error y el pecado como la mayor lucha del mundo e instó a todos los cristianos a luchar juntos por «la causa de Dios y la verdad». «Es por esto por lo que tomamos las armas, los pocos contra los

muchos, los débiles contra los poderosos. ¡Oh, que se encuentren buenos soldados de Jesucristo!». [18]

El Tabernáculo Metropolitano y la unidad cristiana

El Tabernáculo Metropolitano abrió de una manera gloriosa que honró a Dios y se centró en Cristo. La piedra fundamental fue puesta con el compromiso de estar unidos como iglesia, unidos con otros bautistas, y unidos con iglesias de cada denominación que estuvieran verdaderamente unidas con Jesucristo. El primer sermón enfatizó que Cristo sería el tema central de la iglesia que los uniría con todos los verdaderos creyentes en Cristo. Spurgeon oró en la reunión de los contribuyentes para que Dios preservara su unidad y los protegiera de la división.

Esto resultó en una extraordinaria serie de reuniones que enfatizaron la unidad del Tabernáculo Metropolitano con las iglesias vecinas, con otras iglesias bautistas y con iglesias evangélicas de todas las denominaciones. Spurgeon desafió entonces a los miembros de la iglesia a estar amorosamente unidos dentro de su propio hogar familiar particular en el seno de la casa de Dios. Él predicó, practicó y oró por la unidad dentro de la iglesia local, dentro del vecindario, dentro de la denominación bautista y dentro de la Iglesia universal. Sin embargo, también mantuvo la identidad individual distintiva de cada iglesia, comunidad y denominación que juntas forman la Iglesia universal de Cristo.

¡Qué glorioso! ¡Qué bíblico! ¡Qué poco común! La iglesia protestante más grande del mundo acababa de ser construida para albergar el ministerio de predicación de un joven de 26 años sin formación teológica formal. No obstante, Spurgeon no se jactó, ni se vanaglorió ante aquellos que dudaron, se burlaron y se opusieron a él. Exaltó a Cristo, y no a sí mismo. Compartió el evento con otras iglesias y denominaciones, ya que veía a la iglesia no como su propio reino sino como un puesto de avanzada fortificado en el Reino de Cristo.

Sermones selectos sobre la unidad cristiana

Lo que Spurgeon tuvo que decir sobre la unidad cristiana llenaría varios volúmenes. Contribuyó con artículos sobre la unidad, recopiló proverbios sobre la unidad, compiló himnos sobre la unidad, ofreció ilustraciones sobre la unidad, dio conferencias sobre la unidad, escribió cartas sobre la unidad y oró por la unidad. Pero más que nada, predicó sobre la unidad. La unidad es un tema común que se encuentra en muchos de sus mensajes, y es el tema central de varios de ellos, nueve de los cuales se presentan aquí.

Los sermones de Spurgeon tienen una calidad siempre vigente, y su voz aún resuena hoy en día, pero el lenguaje de su época puede hacer que sus mensajes sean

un reto para los lectores modernos. Por lo tanto, los textos de los sermones han sido modificados ligeramente para hacerlos más comprensibles. Estos cambios incluyen la actualización de la ortografía, el vocabulario, la puntuación y la gramática; la separación de las frases y párrafos especialmente largos; la sustitución de versiones antiguas de la Biblia por versiones modernas, como la Nueva Biblia de las Américas, con la adición de referencias bíblicas; y la aclaración de la estructura del sermón (por ejemplo: añadiendo «primero», «segundo»).

Estos cambios no fueron hechos a la ligera o de forma rápida, y el propio Spurgeon probablemente estaría de acuerdo. Como escribió una vez: «Debemos predicar de acuerdo con la capacidad de nuestros oyentes. El Señor Jesús no dijo "Alimenta mis jirafas", sino "Alimenta mis ovejas". No debemos poner la comida en un estante alto debido a nuestro fino lenguaje, sino que debemos usar una gran sencillez en el discurso».[19]

En su época, Spurgeon era el predicador más famoso del mundo. Sin embargo, hoy en día son menos los que conocen a este gran hombre, y menos aún los que han leído sus escritos. Nuestra oración es que Dios use estos sermones para comunicar poderosamente Su voluntad por la unidad cristiana. La Palabra de Dios y Su voluntad permanecen inalterables. Su Espíritu aún bendice la fiel predicación de las Escrituras, tanto verbalmente como en forma impresa, para iluminar las mentes, abrir los corazones, salvar almas y transformar vidas. Que Dios conceda una nueva gracia a los sermones de Su siervo Charles Haddon Spurgeon para ayudar a los creyentes, tanto ahora como entonces, a estar unidos en Cristo.

LA VERDADERA UNIDAD PROMOVIDA

Efesios 4:3

Predicado el domingo por la mañana del 1 de enero de 1865

por

C. H. SPURGEON

en el Tabernáculo Metropolitano
Sermón n.º 607

Trasfondo

El sermón más popular de Charles Spurgeon fue también el más controversial. El 5 de junio de 1864, predicó un mensaje titulado «Regeneración bautismal» donde acusaba a la iglesia de Inglaterra de enseñar que los niños se salvan a través del bautismo. También afirmó que los sacerdotes anglicanos que no creían en esta enseñanza, pero mantenían sus posiciones, estaban comprometiendo su integridad y las almas de las personas en beneficio de sus salarios. Impávido por la protesta pública que este sermón provocó, Spurgeon lo complementó con «Niños llevados a Cristo y no a la pila bautismal» (24 de junio) y «"Así dice el Señor"—o, El libro de oración común sopesado en las balanzas del santuario» (25 de septiembre).

Muchos condenaron a Spurgeon por ser divisivo y despectivo, pero él insistió en que su motivación era el compromiso con la verdad y la preocupación por las almas. Es digno de mencionar que para su primer sermón del año siguiente Spurgeon eligió predicar sobre la unidad, y dejó que un amigo —un ministro anglicano, nada menos— le escogiera el texto de su sermón. Allí, Spurgeon explica que el apóstol Pablo les dice a los cristianos que se esfuercen por la unidad, pero solamente por la verdadera unidad, la unidad del Espíritu.

Spurgeon divide su mensaje: «La verdadera unidad promovida», en cuatro secciones principales:

I. Existe una unidad del Espíritu que debe preservarse
II. La unidad del Espíritu necesita ser preservada
III: El vínculo necesario para preservar la unidad del Espíritu
IV. Aplicación

«Esforzándose por preservar la unidad del Espíritu
en el vínculo de la paz».
~ Efesios 4:3

Durante varios años he recibido mi texto matutino para el primer día del Señor del año de parte de un estimado hermano que es un ministro de la Iglesia de Inglaterra. Este año me envía muy amablemente este versículo que espero sea útil para todos nosotros, recordándonos nuestras faltas pasadas y nuestro deber actual en materia de «esforz[arnos] por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz».

Si miras el texto por un momento, nos exhorta a esforzarnos por preservar la unidad del *Espíritu*. No nos dice que nos esforcemos por mantener la unidad del mal, la unidad de la superstición o la unidad de la tiranía espiritual. La unidad del error y de la falsa doctrina puede tener el espíritu de Satanás, sin duda alguna, pero negamos completamente que sea la unidad del Espíritu de Dios. Debemos destruir la unidad del mal con todas las armas que nuestra mano pueda empuñar, pero la unidad del Espíritu que debemos preservar y fomentar es una cosa muy distinta.

Recuerda que se nos prohíbe hacer el mal para que venga el bien (Rom 3:8). Pero es malo restringir el testimonio del Espíritu de Dios dentro de nosotros y ocultar cualquier verdad que hayamos aprendido por revelación de Dios. El abstenerse de afirmar la verdad y la Palabra de Dios contra el pecado y la insensatez de las invenciones del hombre sería un pecado de la más densa oscuridad. No nos atrevamos a cometer el pecado de apagar el Espíritu Santo (1 Tes 5:19), incluso si la supresión de la verdad tuviera como objetivo promover la unidad.

La unidad del Espíritu nunca requiere ningún tipo de apoyo pecaminoso. Se preserva no suprimiendo la verdad, sino proclamándola en todas partes. La unidad del Espíritu tiene como pilares, entre otras cosas, el testimonio de los santos espiritualmente iluminados acerca de esa fe única que Dios ha revelado en Su Palabra. Es una unidad muy diferente de aquella que nos amordazaría la boca y nos convertiría a todos en un ganado mudo y conducido para ser alimentado o sacrificado a voluntad de los amos sacerdotales.

Una persona difícilmente puede ser un cristiano sincero en la actualidad sin estar involucrado en una controversia. Somos enviados en nuestros días como ovejas en medio de los lobos. ¿Puede entonces haber un acuerdo? Somos encendidos como lámparas en medio de la oscuridad. ¿Puede haber armonía? ¿No ha dicho el propio Cristo: «No piensen que vine a traer paz a la tierra; no vine a traer paz, sino espada» (Mt 10:34)? Tú entiendes cómo todo esto es el verdadero método para tratar de preservar la unidad del Espíritu, porque Cristo, el hombre de guerra, es también Jesús el pacificador.

Pero para crear una paz espiritual duradera, las líneas enemigas de maldad deben ser atravesadas y la unidad de la oscuridad debe ser hecha pedazos. Ruego a Dios que nos proteja para siempre de una unidad en la que la verdad se considere sin valor, en la que el principio dé lugar a la politiquería, en la que las virtudes nobles y varoniles que adornan al héroe cristiano sean sustituidas por una cobarde farsa de amor.

Que el Señor nos libre de la indiferencia hacia Su Palabra y Su voluntad. Esto crea una fría unidad similar a la de los bloques de hielo congelados en un iceberg, enfriando el aire en kilómetros a la redonda. Esto produce la unidad de los muertos mientras duermen en sus tumbas, luchando por nada porque no tienen ni parte ni porción en todo lo que pertenece a los vivos. Hay una unidad que rara vez se rompe, la unidad de los demonios que, bajo el servicio de su gran maestro, nunca discuten ni se pelean. De esta terrible unidad, ¡guárdanos, oh Dios del Cielo! La unidad de las langostas que tienen un objeto común, que se agolpan hasta arruinarlo todo, la unidad de las olas del fuego del infierno, que arrastran a miles y miles de personas a una miseria cada vez más profunda; ¡de éstas también, oh Rey del Cielo, sálvanos para siempre!

La destrucción de todo tipo de unidad que no esté basada en la verdad es un primer paso necesario para la construcción de la unidad del Espíritu.

Que Dios nunca deje de enviar algún profeta que grite en voz alta al mundo: «Será terminado el pacto de ustedes con la muerte, su convenio con el Seol no quedará en pie» (Is 28:18). Que siempre se encuentren algunos hombres, aunque sean tan rudos como Amós o tan severos como Hageo, que adviertan una y otra vez contra todo acuerdo con el error y todo compromiso con el pecado y declaren que estos son detestables para Dios. Nunca sueñes que el conflicto santo es de alguna manera una violación de este versículo. La destrucción de todo tipo de unidad que no esté basada en la verdad es un primer paso necesario para la construcción de la unidad del Espíritu. Debemos primero barrer estos muros de cemento sin mezclar —estas cercas inestables construidas por el hombre— antes de que haya espacio para colocar las buenas piedras de los muros de Jerusalén una encima de la otra para una prosperidad duradera y perdurable. Con este espíritu he hablado para despejar el camino de la predicación de mi texto.

De este versículo se desprende claramente, en primer lugar, que hay una unidad del Espíritu que debe ser preservada; en segundo lugar, que necesita ser guardada; y, en tercer lugar, que debe usarse un vínculo. Cuando hayamos explicado estos puntos, aplicaremos este texto, primero, a los cristianos en su conexión con otras iglesias y luego a los miembros de la misma iglesia en su conexión con los demás.

En primer lugar, hay una unidad del Espíritu que debe preservarse. Observarás que no es una *unidad organizacional*. No se trata de preservar la unidad de ninguna denominación, grupo religioso, diócesis o congregación en particular. No, es «esforz[arse] por preservar la unidad del Espíritu». La gente habla de la Iglesia episcopal, la Iglesia metodista o la Iglesia presbiteriana. Ahora, dudo en decir que no hay nada en la Escritura que sea paralelo a tal lenguaje, porque allí leo de las siete iglesias de Asia y de las iglesias de Corinto, Filipos, Antioquía, etc. En Inglaterra, si hablo de acuerdo con la Palabra de Dios, hay miles de iglesias que se adhieren a la forma de gobierno episcopal; en Escocia, algunos miles de iglesias piadosas se ordenan de acuerdo con la regla presbiteriana; y entre los metodistas, hay iglesias que se adhieren a la forma de gobierno establecida por primera vez por el Sr. Wesley.

En virtud de tener el Espíritu, cada creyente está en unidad con cualquier otra persona espiritual

Pero no es según el modelo de las Escrituras, sino solo según la invención humana hablar de todo un grupo de iglesias como una sola iglesia. Aunque me inclino por una unión presbiteriana entre nuestras iglesias, no puedo dejar de notar en la Sagrada Escritura que cada iglesia es separada y distinta de las demás. Toda la Iglesia universal está conectada por diversas articulaciones y ligamentos que mantienen a todos los miembros separados pero unidos (Col 2:19), pero no está tan conectada como para combinarse entre sí y perder su separación e individualidad. No hay nada en las Escrituras que diga, «esf[uérzate] por preservar la estructura de tu iglesia», sino que el llamado es a «esforz[arnos] por preservar la unidad del Espíritu».

Una vez más, observarás que el versículo no dice: «esforzándose por preservar la *uniformidad* del Espíritu». El Espíritu no apoya la uniformidad. La forma en que el Espíritu actúa en la naturaleza se opone a esto. Las flores no están todas pintadas del mismo color, ni desprenden la misma fragancia. Hay variedad en todas partes en la obra de Dios. Si miro la obra de Dios en la historia, no veo que haya dos eventos que sucedan de la misma manera. Las páginas de la historia son variadas. Por lo tanto, si miro a la Iglesia de Dios, no espero encontrar que todos los cristianos pronuncien *Shibolet* de la misma manera (Jue 12:6) o vean con los mismos ojos.

Nos alegramos de reconocer el mismo «un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos» (Ef 4:5-6), pero con respecto a la uniformidad en la vestimenta y el lenguaje y las formas de nuestros servicios de adoración, no encuentro nada de esto en las Escrituras. Los hombres pueden orar legítimamente de pie, sentados, arrodillados o acostados con el rostro en tierra. Pueden encontrarse con Jesús a la orilla del río, en el portal del templo, en una prisión o en una casa privada. Y pueden ser uno en el mismo Espíritu, aunque «uno juzga que un día es superior a otro, otro juzga iguales todos los días» (Rom 14:5).

Entonces, ¿en qué consiste esta unidad del Espíritu? Confío, queridos hermanos y hermanas, en que la conozcamos al tenerla en nuestro poder, pues es muy cierto que no podemos *preservar* la unidad del Espíritu sino la poseemos todavía. Entonces preguntémonos: «¿Tenemos la unidad del Espíritu?». Nadie puede tenerla excepto aquellos que tienen el Espíritu, y el Espíritu solo habita en las almas nacidas de nuevo, en los creyentes. En virtud de tener el Espíritu, cada creyente está en unidad con cualquier otra persona espiritual, y esta es la unidad que deben esforzarse por preservar.

Esta unidad del Espíritu se manifiesta en el *amor*. A través de la providencia de Dios, un esposo y una esposa pueden estar separados a cientos de kilómetros el uno del otro, pero hay una unidad de espíritu en ellos porque sus corazones son uno. Nosotros, amados, estamos divididos por muchos miles de kilómetros de los santos en Australia, América y el mar del Sur, pero amándonos como hermanos y hermanas, sentimos la unidad del Espíritu. Nunca fui miembro de una iglesia que se reuniera en los bosques de América, ni he adorado a Dios con los samoanos, o con mis hermanos y hermanas de Nueva Zelanda, pero todavía siento la unidad del Espíritu en mi alma con ellos, y todo lo que concierne a su bienestar espiritual me concierne a mí también.

Esta unidad del Espíritu es consecuencia de *compartir la misma naturaleza*. Encontrar una gota de agua brillando en un arco iris, saltando en una cascada, ondulando en un río, yaciendo en silencio en un tanque estancado, o salpicando contra el costado de un barco, todas estas gotas de agua reclaman el parentesco con cualquier otra gota de agua en todo el mundo, porque todas están compuestas de los mismos elementos. De la misma manera, hay una unidad del Espíritu que

no podemos imitar, que consiste en que nacemos de nuevo «a una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos» (1 Pe 1:3), llevando en nosotros al Espíritu Santo como el que nos da vida diariamente, y caminando por el camino de la fe en el Dios vivo. Aquí está la unidad de espíritu, una unidad de vida: la naturaleza espiritual obrando en el amor. Esto es sostenido diariamente por el Espíritu de Dios. Aquel que nos hace uno, nos mantiene unidos.

Cada miembro de mi cuerpo debe cooperar con todos los demás miembros de mi cuerpo. Yo digo que *debe*. La pregunta nunca surge, que yo sepa, entre los miembros de mi cuerpo sobre si lo harán o no. Mientras haya vida en mi cuerpo, cada parte de mi cuerpo debe tener comunión con todas las otras partes. Aquí está mi dedo. Puedo decolorarlo con algún producto químico tóxico, y mi cabeza puede no aprobar que me manche el dedo. Mi cabeza puede sugerir mil maneras de lavar ese dedo, y todo esto puede ser correcto y apropiado. Pero mi cabeza jamás dice: «Cortaré ese dedo de la comunión». Mi lengua responde con fuerza al líquido dañino que ha herido mi dedo y lo ha ampollado causando dolor en todo el cuerpo. Sin embargo, la cabeza no puede decir: «Quiero que me corten el dedo», a menos que el cuerpo esté dispuesto a quedar mutilado e incompleto para siempre.

Ahora bien, no es posible mutilar el cuerpo de Cristo. Cristo no pierde Sus miembros ni se deshace de partes de Su cuerpo espiritual. Por lo tanto, nunca debería entrar en la cabeza de ningún cristiano si va a tener o no comunión espiritual con cualquier otro cristiano, porque no puede prescindir de ella. Mientras viva, debe tenerla. Esto no le impide condenar con valentía el error en el que puede haber caído su hermano o evitar la comunión estrecha con él mientras sigue pecando. Pero sí nos libra de creer que podemos realmente separar de Cristo a un verdadero creyente, o incluso de nosotros si todos estamos en Cristo Jesús.

Por lo tanto, la unidad del Espíritu es preservada por el mismo Espíritu Santo que llena de vida al cuerpo espiritual todos los días. Cuanto más se llena el cuerpo con esta vida, más evidente es su unidad. Que un espíritu de oración se derrame sobre todas nuestras iglesias, y así las normas sociales se romperán, las divisiones se olvidarán, y el pueblo de Dios, unidos brazo a brazo, mostrarán al mundo que son uno en Cristo Jesús.

Hay varias formas en las que esta unidad del Espíritu se revelará con certeza. Primero, se revela en la *oración*. Como escribe el poeta James Montgomery:

> *Los santos en oración se muestran como uno*
> *En palabra, en obra y en mente,*
> *Mientras que con el Padre y el Hijo*
> *Encuentran una dulce comunión.*[20]

También hay una unidad de *alabanza*. Después de todo nuestros himnos difieren muy poco. Seguimos cantando la misma canción, la alabanza del mismo Salvador. Esta unidad pronto se dará a conocer en *cooperación*. Los cristianos tienen una unidad en su conflicto con el enemigo común y en su lucha por la verdad común. Esto llevará a la *comunión*. No me refiero a sentarse a la misma mesa para comer pan y beber vino; eso es solo la unión exterior. Me refiero más bien a la comunión que consiste en que un corazón late fielmente con otro corazón y en el sentimiento de que son uno en Cristo Jesús. El reformador suizo Martin Bucer tenía un lema que resumía su filosofía de vida: «Amar a todos aquellos en los que pudiera ver algo de Cristo Jesús». Que este sea también vuestro lema, ¡oh hermanos y hermanas en Cristo!

No hagas de tu amor una excusa para no dar una severa reprimenda, más bien reprende porque amas. Algunos piensan que a menos que suavices tu lengua y cubras tus palabras con azúcar, a menos que te acobardes, hagas cumplidos y disimules, entonces no hay amor en tu corazón. Pero confío en que será nuestro privilegio mostrar con nuestro propio ejemplo lo mucho que podemos estar en desacuerdo y aún así amar. Podemos demostrar cómo negarnos a conformarnos con el error de nuestros hermanos y hermanas y, sin embargo, en nuestra propia inconformidad demostrar nuestro afecto a ellos y a nuestro Maestro en común.

Se dice de algunos que parecen haber nacido en los montes de Beter (Cnt 2:17), porque no hacen más que causar división, y que han sido bautizados en las aguas de Meriba (Nm 20:13), porque se deleitan en causar conflictos. Este no es el caso de los cristianos genuinos. Ellos solo se preocupan por la verdad, por su Maestro y por el amor a las almas, y a menos que estas cosas estén en riesgo, sus gustos o disgustos privados nunca los afectan. Les gusta ver que otra iglesia prospere tanto como la suya. Mientras sepan que Cristo es glorificado, no les importa a través de qué ministro se desnuda el brazo de Dios (Is 52:10), en qué lugar se convierten las almas o a qué forma particular de culto se dedican las personas.

Sin embargo, siempre se aferran a esto: que no hay unidad del Espíritu donde hay falsedad. Siempre sostienen que, en lo que respecta a las almas de los hombres, serían traidores a Dios si no dieran testimonio contra cualquier error que maldiga y si no testificaran de la verdad que salva. En lo que respecta a las piedras de la corona del Reino de su Maestro, no se atreven a quedarse callados traicioneramente. Aunque sus semejantes los llamen malos, lo consideran todo un gozo mientras sean fieles a su Maestro y a su conciencia, como ante el «Juez de los vivos y de los muertos» (Hch 10:42).

Segundo, esta unidad necesita ser preservada. La unidad es algo muy difícil de mantener. Esto es así por varias razones. Primero, nuestros *pecados* la quebrantan de forma muy natural. Si todos fuéramos ángeles, preservaríamos la unidad del Espíritu y ni siquiera necesitaríamos ser animados a hacerlo. Tristemente, somos orgullosos, y el orgullo es la madre de la división (3 Jn 1:9). ¡Vaya envidia que separa hasta los amigos más cercanos! Cuando no puedo estar satisfecho con algo que no esté martillado en mi yunque o hecho a mi manera, cuando la vela de otro me aflige porque da más luz que la mía, y cuando otra persona me molesta porque tiene más gracia que yo, ¡oh, no hay unidad en estos casos! La ira, qué enemigo mortal es para la unidad; cuando no podemos tolerar la más mínima falta de respeto, cuando la más mínima cosa hace hervir nuestra sangre, o cuando hablamos precipitadamente con nuestros labios. Pero seguramente no necesito leer la larga lista de pecados que estropean esta unidad del Espíritu, porque son una legión. ¡Oh, que Dios los eche fuera de nosotros, porque solo así podemos preservar la unidad del Espíritu!

Debemos tratar de purgar de nosotros mismos todo lo que nos podría dividir, y debemos tratar de tener en nuestro corazón todo pensamiento santo que tienda a unirnos con nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

Pero, amados, incluso nuestras *virtudes* nos hacen difícil preservar esta unidad. Lutero es valiente y audaz, de temperamento acalorado y precipitado. Es el hombre adecuado para liderar la batalla y despejar el camino para la Reforma. Calvino es lógico, claro, frío y preciso. Rara vez habla precipitadamente. No es natural que Lutero y Calvino estén siempre de acuerdo. Sus mismas virtudes hacen que se peleen, y, en consecuencia, Lutero de mal genio llama a Calvino cerdo y diablo. Y aunque Calvino una vez contestó: «Lutero puede llamarme como quiera, pero yo siempre lo llamaré un querido siervo de Cristo», sin embargo, Juan Calvino sabía cómo pinchar a Lutero en las costillas cuando estaba de humor.

En aquellos días, las cortesías de los cristianos entre sí eran generalmente más bien de puño de hierro que de mano limpia. Todos eran llamados a la guerra por el bien de la verdad, de modo que incluso los compañeros de armas eran tratados con

sospecha. Puede ser que nuestra vigilancia por la verdad, que es tan valiosa, nos haga sospechar de otros donde no hay necesidad de sospechar. Nuestras convicciones pueden llevarnos como un brioso corcel lleva a un joven guerrero más lejos de lo que pretendía, a un lugar donde puede ser tomado prisionero y maltratado. Debemos tener cuidado, incluso los mejores de nosotros, de no pelear las batallas del Señor con las armas de Satanás y así, aún partiendo del amor a Dios y a Su verdad, violar la unidad del Espíritu.

La unidad del Espíritu debe ser preservada, queridos amigos, porque Satanás está muy ocupado en estropearla. Sabe que la mayor gloria de Cristo surgirá de la unidad de Su Iglesia. «Para que todos sean uno. Como Tú, oh Padre, estás en Mí y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste» (Jn 17:21). No hay felicidad en la iglesia si no hay unidad de la iglesia. Si una iglesia se encuentra hostil y dividida, el desgarro en el cuerpo significará la muerte para toda la santa comunión. No podemos disfrutar de la comunión entre nosotros a menos que nuestros corazones sean uno. Nuestro trabajo para Dios, ¡cuán ineficaz es cuando no estamos de acuerdo! El enemigo no puede desear un mejor aliado que la lucha en medio de nuestro campamento. «¿No pueden estar de acuerdo», dijo un guerrero de antaño, «cuando su enemigo está a la vista!». Cristianos, ¿no pueden estar de acuerdo en preservar la unidad del Espíritu cuando un Satanás destructor está siempre al acecho buscando arrastrar almas inmortales al Infierno?

Debemos ser más diligentes en este asunto. Debemos tratar de purgar de nosotros mismos todo lo que nos podría dividir, y debemos tratar de tener en nuestro corazón todo pensamiento santo que tienda a unirnos con nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Cuando me uno a una iglesia cristiana, no debo decir: «Estoy seguro de que nunca romperé su unidad». Debo sospechar que soy capaz de ese mal, y debo vigilar con toda diligencia a fin de preservar la unidad del Espíritu.

Tercero, para preservar esta unidad se ha provisto un vínculo, el vínculo de la paz. Amados, debe haber mucha paz, paz perfecta, paz ilimitada entre el pueblo de Dios.

No somos extraños y extranjeros; somos «*conciudadanos* de los santos y [miembros] de la familia de Dios» (Ef 2:19). Dense cuenta de que son conciudadanos. No traten a otros cristianos como extranjeros, y este vínculo de confraternidad será un vínculo de paz. Ustedes no son enemigos.

Pueden ser conciudadanos y disgustarse mutuamente, pero son *amigos*. Todos son amigos de Cristo (Jn 15:14), y en Él todos son amigos unos de otros. Que este sea otro vínculo.

Pero ustedes van más allá. No son meramente amigos, son *familia*, nacidos del mismo padre, llenos de la misma vida; ¿y esto no debería ser un vínculo? Procuren evitar que haya riña en el camino (Gn 45:24) o que haya problema entre ustedes (Gn 13:8), porque son hermanos y hermanas.

Eso no es todo. Ustedes son más cercanos todavía; son *miembros del mismo cuerpo*. ¿Esta unidad espiritual no será un vínculo de paz para ustedes? ¿Serás tú, siendo el pie, el que lucha con el ojo? ¿O tú, siendo el ojo, lucharás con la mano y dirás: «No te necesito» (1 Co 12:21)? Si es cierto que somos miembros del cuerpo de Cristo, de Su carne y de Sus huesos, nunca se diga del cuerpo espiritual de nuestro bendito Señor que había algo tan monstruoso en él que las diversas partes del cuerpo no cooperaban, sino que se peleaban entre sí.

Creo que he sacado a relucir el significado del texto: hay una unidad del Espíritu que es digna de ser guardada, tenemos que conservarla, y debemos tratar de preservarla en el vínculo de la paz.

Así que ahora llegamos a las aplicaciones prácticas de nuestro tema con respecto, primero, a la conexión de una iglesia con otra y, segundo, a la conexión de un miembro de la iglesia con otro. No es algo deseable que todas las iglesias se fusionen entre sí y se conviertan en una sola, ya que la fusión completa de todas las iglesias en una organización produciría inevitablemente otro tipo de papa. La historia nos enseña que los grandes cuerpos eclesiásticos se corrompen más o menos de forma natural. Las grandes organizaciones espirituales son, en su conjunto, bastiones de la tiranía y refugios de abusos, y es solo cuestión de tiempo para que se rompan en pedazos. La interrupción y la división deben ocurrir, y ocurrirán, cuando se intente una forma de unidad no bíblica.

Sin embargo, será una cosa bendita cuando todas las iglesias caminen juntas en la unidad del Espíritu, cuando esta iglesia –aunque haya sido bautizada en el Señor Jesucristo y se duela por el descuido del bautismo por parte de otros— siga sintiendo que la unidad del Espíritu no debe romperse y extienda su mano derecha a todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con sinceridad.

Será una bendición cuando una iglesia gobernada por sus ancianos sienta una unidad con otra iglesia presidida por su obispo.

Será algo bendito cuando una cierta iglesia crea que todos sus miembros deben edificarse mutuamente sin ministros profesionales y tampoco se pelee con otra iglesia que crea que un pastor ordenado debe predicar la Palabra.

De hecho, hemos acordado que cada iglesia buscará la Palabra de manera

independiente y pondrá en práctica lo que encuentre que es verdad, y habiendo hecho esto, que todos preservaremos la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Digo que esto es lo más deseable, y esto es lo que debemos perseguir, no la fusión de todas las iglesias en una sola denominación, sino que cada iglesia en su propio testimonio distinto e independiente mantenga el amor con todas las demás iglesias que están haciendo lo mismo.

Ahora, para lograr esto, tengo algunas sugerencias que ofrecer. Es bastante seguro que nunca preservaremos la unidad del Espíritu si una iglesia declara ser superior a las demás. Si hay una iglesia que dice: «Nosotros somos *la* Iglesia, y todas las demás son meramente sectas. Estamos bien establecidos, y los demás solo se toleran». Entonces es un perturbador de Israel (1 Re 18:17) y ha de esconder su cabeza tan pronto como se insinúe la unidad del Espíritu. Cualquier iglesia que levante su cabeza en alto y se jacte sobre otras iglesias ha violado la unidad del Espíritu. Si otras iglesias responden: «Uno es nuestro Maestro y todos somos hermanos», no violan la unidad del Espíritu, porque simplemente reclaman sus derechos y dicen la verdad. La otra iglesia que olvida su verdadera posición como un simple miembro de la familia y comienza a reclamar prioridad sobre sus consiervos ha perdido la capacidad de preservar la unidad del Espíritu, porque la ha violado de una vez por todas.

Repito, una iglesia que quiera preservar la unidad del Espíritu no debe considerarse tan perfecta en sus juicios como para que sea un pecado no pertenecer a ella. ¿Qué derecho tiene una iglesia a erigirse como el único estandarte de la verdad? Y aunque la iglesia que reclama la supremacía sea más numerosa que las demás, ¿las cosas divinas deben ser determinadas por la mayoría? ¿Dónde estaría la Iglesia de Dios si se tratara de contar miembros? Me temo que el diablo siempre ganaría el premio. Deseamos preservar la unidad del Espíritu, y si hay una iglesia más pequeña, la trataremos con más amabilidad, debido al pequeño número de sus miembros.

Imagina que tuviéramos un terreno donde enterrar a nuestros muertos, y que llegara un miembro de otra iglesia cristiana queriendo enterrar a su pobre bebé fallecido en nuestro terreno porque no hay otro lugar conveniente en ninguna parte. Si nos pide este favor, difícilmente podremos esforzarnos por preservar la unidad del Espíritu si le decimos: «No, ¡no permitiremos tal cosa! Hiciste que rociaran a tu hijo, así que no puede ser enterrado con nosotros los cristianos. No tendremos a tu bebé salpicado junto a nuestros muertos bautizados». No creo que eso sea preservar la unidad del Espíritu. Y no creo que cuando algunas iglesias han dado la espalda a los dolientes que han traído un bebé no bautizado —y cuando los dolientes han regresado llorando a sus casas— no creo que tales iglesias se hayan esforzado por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

Nuevamente, si las iglesias han de estar de acuerdo entre sí, no deberían hacer

reglas que impidan que los ministros que no son de su propia denominación prediquen desde sus púlpitos. Me avergonzaría si ustedes aprobaran una ley para que nadie que esté en desacuerdo con nosotros se suba a mi púlpito. Pero sabemos de una iglesia que dice: «Por muy buen hombre que sea, no nos importaría oírle hablar en un salón de actos, pero este intruso no debe invadir la santidad de nuestro púlpito. Porque los nuestros *son* ministros; los de ustedes son solo maestros laicos. Los nuestros *son* sacramentos, la copa de bendición que bendecimos es la sangre de Cristo, y el pan que partimos es el cuerpo de Cristo. Sus sacramentos no son efectivos. De hecho, no son una iglesia, sino solo un cuerpo de rebeldes que se reúnen para llevar a cabo lo que creen que es correcto. Los toleramos, pero eso es todo lo que podemos hacer». ¿Dónde está la unidad del Espíritu allí? Resulta fuera de lugar en el siglo XIX que una iglesia de esta nación se levante y diga: «*Nosotros* somos la Iglesia. Nuestros ministros son *los* ministros. Nuestro pueblo es *el* pueblo. Y ahora, queridos hermanos y hermanas, dense la mano y procuren preservar la unidad del Espíritu de Dios». ¡Esto es absurdo!

Reunámonos en igualdad de condiciones. Dejemos de lado toda pretensión de superioridad. Ayudémonos de verdad y no nos oprimamos mutuamente. Unámonos en oración. Unámonos en la confesión de pecado. Unámonos de corazón para reformar nuestros errores. Si lo hacemos, una verdadera alianza evangélica cubrirá nuestra nación. Si alguna iglesia toma la Biblia como su estandarte y predica el nombre de Jesús en el poder del Espíritu de Dios, hay miles de nosotros que se regocijarán de dar la mano derecha de la comunión con un saludo de corazón a cada iglesia como esta. Nos esforzamos cada día por llevar a otras iglesias y a nosotros mismos cada vez más a esa condición en la que, sin dejar de ser iglesias independientes, podamos preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

Y ahora, unas palabras sobre su relación con los demás como miembros de la misma iglesia. Si vamos a esforzarnos por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz en la misma iglesia, entonces debemos evitar todo lo que la arruine.

Los chismes son una forma rápida y fácil de separar a los amigos entre sí. Esforcémonos por hablar de algo mejor que el carácter de cada uno. En verdad debemos limitarnos cuando comenzamos a hablar el uno del otro. Es mucho mejor magnificar a Cristo que deshonrar a Su cuerpo.

Debemos dejar de lado toda envidia. A mucha gente buena le gustaba la Reforma, pero no les gustaba la idea de que fuera liderada por un monje pobre y miserable como Martín Lutero. Y así hay muchos a los que les gusta ver que se hagan buenas cosas y que se lleven a cabo buenas obras, pero no les gusta que las haga ese joven hermano advenedizo, o ese hombre pobre, o esa mujer que no tiene una posición social o riqueza particular. Como iglesia, despojémonos de toda envidia. Regocijémonos todos en la luz de Dios.

Respecto al orgullo, si alguno de ustedes se ha vuelto arrogante últimamente,

desháganse de eso. Deseo tener un ministerio en este lugar que expulse a los que no reconocen a sus hermanos y hermanas cuando son más pobres o menos educados que ustedes. ¿Y si el hombre arruina el lenguaje al hablar? ¿Qué importa eso mientras su corazón esté bien? Mientras sientan que él ama al Maestro, seguro que podrán soportar su forma de hablar si él puede soportar las malas acciones de ustedes.

Entonces cultivemos todo lo que contribuya a la unidad. ¿Hay algunos enfermos? Cuidemos de ellos. ¿Hay algunos sufriendo? Lloremos con ellos. ¿Conocemos a personas que son menos amadas que otras? Entonces tengamos más amor por ellos para compensar esta deficiencia. ¿Percibimos faltas en nuestros hermanos y hermanas? Amonestémoslos con amor y afecto. Ruego para que sean pacificadores, cada uno. Que nuestra iglesia siga como lo ha hecho durante los últimos once años, en santa armonía y bendita unidad.

Recordemos que no podemos preservar la unidad del Espíritu a menos que todos creamos la verdad de Dios. Por lo tanto, escudriñemos nuestras Biblias y conformemos nuestros puntos de vista y sentimientos a la enseñanza de la Palabra de Dios. Ya les he dicho que la unidad en el error es la unidad en la ruina. Queremos unidad en la verdad de Dios a través del Espíritu de Dios.

Procuremos vivir cerca de Cristo, porque es la mejor manera de promover la unidad. Las divisiones en las iglesias nunca comienzan con aquellos que están llenos de amor por el Salvador. Corazones fríos, vidas impías, cuartos de oración descuidados, acciones inconsistentes, son las semillas que siembran división en el cuerpo. Pero aquellos que viven cerca de Jesús, que llevan Su semejanza y copian Su ejemplo, serán, dondequiera que vayan, un vínculo sagrado, un eslabón santo para unir a la Iglesia más estrechamente que nunca. Que Dios nos dé esto, y de ahora en adelante nos esforcemos por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

Encomiendo a todos los creyentes que pongan en práctica este texto durante el próximo año. Y a aquellos que no son creyentes, ¿qué puedo decir excepto que espero que su unidad y su paz se quiebren para siempre y que sean llevados a Cristo Jesús para encontrar la paz en Su muerte? Que se les conceda la fe salvadora, y entonces el amor y toda gracia les seguirá para que sean uno con nosotros en Cristo Jesús nuestro Señor. Amén.